

Los ideales del grupo ¡Claridad!

JOSE INGENIEROS

(De "Revista de Filosofía")

I

Un grupo de hombres libres ha pronunciado esta palabra de ensueño y de esperanza: ¡Claridad! Al terminar la pavorosa noche de la guerra, ella anuncia a los hombres el amanecer de una era nueva, repercutiendo en el corazón de los que afirman ideales jóvenes frente a las ruinas de las iniquidades viejas.

Muchos pensadores independientes habían hecho oír su voz contra los graves peligros de reacción que amenazan el libre desarrollo de la libertad y de la democracia; pero sus esfuerzos eran vanos porque permanecían dispersos frente al bloque internacional de las castas conservadoras. "Al conflicto de fuerzas materiales ha seguido el conflicto de las ideas más importantes y profundas, porque se remonta hasta las raíces mismas de las instituciones existentes. Todo lo abarca, sencillamente, una lucha a muerte entre el pasado y el porvenir. Se trata de mantener o de rehacer totalmente, de uno a otro extremo del mundo, el estatuto de la vida común. La guerra ha hecho desplomarse el régimen de falsas apariencias, poniendo de relieve las mentiras, los viejos errores, los sofismas hábilmente mantenidos, que ocasionaron en el pasado el largo martirio de la justicia. En el presente se impone la necesidad de organizar la vida social, conforme a las leyes de la razón, preparando el reinado de la bondad sobre la violencia, de los ideales sobre las rutinas." Partiendo de estas premisas, valientemente afirmadas, los fundadores del «Grupo Claridad» hacen un llamamiento a los intelectuales del mundo entero, invitándolos a estrechar sus filas en torno de ciertos principios que creen necesario salvar de la hecatombe moral. "En este momento

Para crear esa unión han comenzado a agruparse escritores, sabios, artistas. No desean fundar un partido político, sino establecer un acuerdo vibrante en torno de ideales que miran al porvenir. "Trabajarán para preparar la República Universal, fuera de la cual no hay salud para los pueblos. Quieren la abolición de las barreras ficticias que separan a los hombres, la aplicación integral de los catorce puntos wilsonianos, el respeto de la vida humana, el libre desenvolvimiento del individuo limitado sólo por las necesidades de la comunidad viviente; la igualdad social de todos, hombres y mujeres; la obligación de trabajar para todo ciudadano válido, el establecimiento del derecho de cada uno de ocupar en la sociedad el puesto que merezca por su labor, sus aptitudes o sus virtudes; la supresión de los privilegios del nacimiento; la reforma, según el punto de vista internacional, que es el punto de vista social absoluto, de todas las leyes que regulan la actividad humana."

Ha podido pensarse que el manifiesto del Grupo ¡Claridad!, cuyos párrafos esenciales hemos transcrito, adolece de vaguedad ideológica. Es una actitud, pero no es un programa. Señala un rumbo, sin precisar la meta.

Todo ello es cierto, pero lejos de ser un inconveniente debe mirarse como una ventaja. Sus fundadores no quieren echar las bases de un nuevo núcleo político, sino coordinar orientaciones de hombres que tienen ya ideas propias. La humanidad entera está hoy dividida en dos grandes partidos divergentes: el de los que se aferran al pasado y el de los que miran al porvenir. Dentro de cada uno pueden señalarse varios matices, perfectamente conciliables para un esfuerzo común; sería absurdo que las energías afines permanecieran desunidas en momentos en

tan sus ideales, ni consienten que ellos sean rebajados por cobardía u oportunismo. A nadie engañan, ni toleran engaños. Persiguen los fines que siempre figuraron en la declaración de principios de los partidos socialistas, convencidos de que ha sonado en el mundo la hora de iniciar su experimentación. Quien cree lo contrario es su enemigo, está contra «Claridad».

Por eso la palabra, tan simple y expesiva, se ha convertido ya en símbolo. «Claridad» ha tenido eco en cien puntos del horizonte, doquiera vive un hombre anheloso de Paz y de Justicia, dispuesto a luchar por ellas. De mil maneras, por varios caminos, en haces firmes, en rayos indecisos, el espíritu de «Claridad» penetra en la conciencia de los pueblos y los aparta de añosos dogmas que han cubierto al mundo de terror y de espanto. «Claridad» es vida intensa; «Claridad» es fuerza renovadora y fecunda; «Claridad» es intención de abrir paso a todas las esperanzas.

Es la expresión de un nuevo estado de espíritu, posterior a la guerra. No trae antiguas pasiones ni alienta rencores de otro tiempo; sólo pueden trabajar para el porvenir los que no son esclavos de intereses creados en el pasado.

Los perezosos, los tímidos, los rutinarios, son inútiles para los ideales de «Claridad». La vida social se transforma de prisa en los países civilizados, bajo nuestros ojos, a nuestro alrededor, formando un nuevo mundo al que las sociedades tendrán que adaptarse, tarde o temprano. Para seguir el ritmo de esa transformación es indispensable una actividad constante del espíritu, una inflexible valentía moral, una libertad ideológica sin trabas. En los portavoces de «Claridad» no puede concebirse la pereza, que es vida agonizante; ni la timidez, que es domesticidad servil; ni la rutina, que es ceguera frente a la aurora.

III

Además de expresar una actitud y convertirse en un símbolo, podrían, sin duda, fijarse netamente los ideales de «Claridad». El manifiesto inicial habría ganado si sus redactores hubiesen concretado las siguientes declaraciones:

«Claridad», en el orden internacional, significa suprimir las ligas de los gobiernos para oprimir a los pueblos y los tratados de los parásitos para explotar a los que trabajan; significa repudio de la diplomacia secreta, de todo lo que se trama en la sombra y envenena la amistad de las naciones; sig-

nifica autonomía de los pueblos para federarse de acuerdo con sus intereses y afinidades; y, en fin, aversión al militarismo y al imperialismo, lúgubres sembradores de las guerras.

Claridad, en la política interna de las naciones, quiere decir federalismo que tenga sus bases en las funciones sociales y que en los órganos deliberativos dé proporcional representación a todas las entidades productoras, equilibrando las fuerzas vivas de la sociedad.

«Claridad», en las relaciones económicas, expresa la justicia de suprimir los parásitos del trabajo, favoreciendo todas las medidas encaminadas a poner los medios productivos al servicio de los productores mismos, desarrollando las condiciones técnicas y perfeccionando el contralor social.

«Claridad», en el mundo moral, es la proscripción de la mentira en la enseñanza y en las costumbres; es el destierro de supersticiones y dogmas que envenenan al individuo corrompen la familia y hacen molesta la sociedad de los hombres.

«Claridad», en los métodos, implica afirmar la organización necesaria de todas las fuerzas políticas, económicas y morales que puján hacia el porvenir, coordinando el esfuerzo conjunto hacia la transformación de las instituciones.

Claridad, en la acción, es acuerdo entre todos los hombres que creen en los mismos principios; es resistencia a todos los que abiertamente los rechazan; es repudio de todos los que subrepticamente los reniegan.

¡Claridad! Todas sus aspiraciones, encaminadas a asegurar la mayor expansión del individuo dentro de la sociedad, se resumen en un concepto, «Solidaridad», tienden a un resultado, «Justicia».

IV

Esos ideales comienzan a orientar la acción de muchos pueblos, preparándose a sufrir la prueba decisiva de la experiencia.

Inspirados por ellos, los intelectuales y los trabajadores de Rusia derribaron la autocracia, luchan contra los que medraron en las sombras de la guerra, desafían la mentira organizada por los traficantes y consentida por los cobardes, reúnen ejércitos de mercenarios movidos por el oro de prestamistas y usureros. Son los ideales de «Claridad» los que han puesto en fuga a los aventureros de las sombras.—Kolchak, Denikine, Yudenitch—, derrotados por el pueblo que ha afirmado ante la faz del mundo su voluntad de reali-

zar el primer experimento sociológico de una democracia funcional.

Análogos principios y métodos han proclamado los socialistas de Italia, obteniendo ya las primeras victorias y estrechando sus filas con ánimo resuelto para no detenerse ante la ola de la reacción.

Movidos por esos mismos ideales, los laboristas ingleses han vencido en recientes elecciones administrativas, afirmando su voluntad de socializar los medios de producción y disponiéndose a asumir, como en Rusia, la dirección de las funciones públicas.

Los signos de que "los tiempos están cercanos" son demasiado significativos para los hombres de estudio; sólo pueden equivocar se los ignorantes y los interesados en no acertar. Las grandes victorias socialistas de Bélgica y el enorme aumento de votos en Francia, son índices de renovación social impostergable; y lo es también que los laboristas de Estados Unidos hayan declarado su apartamiento definitivo de los partidos tradicionales, preparándose a la conquista del poder político, sin complicidades y sin compromisos. Afirmando los ideales de «Claridad» cayeron mártires, en Alemania, los apóstoles de buena fe, Rosa Luxemburgo, Liebknecht y Haase, empeñados en desalojar del poder los últimos restos del imperialismo disfrazado con gerro frigio. En homenaje, en fin, al porvenir que en todas partes alza su voz se van plegando a los ideales nuevos to-

dos los pueblos bálticos, libertándose de la coacción oprobiosa de los insaciables imperialismos vencedores.

V

Los ideales de «Claridad» rompen en cien puntos el horizonte. En todos los pueblos civilizados vibran por ellos grupos menores, turbados a veces por el resplandor del alumbriamiento, pero siempre animados por una misma grandiosa finalidad humana.

Ha sido «Claridad» la que, desde Inglaterra hasta el Japón y desde Suecia hasta Australia, ha impuesto a los gobiernos el levantamiento del bloqueo y el retiro de la intervención a la Rusia nueva, porque la mentira de los usureros no ha conseguido engañar a los pueblos acerca del gran experimento que se está realizando en el antiguo feudo de los Zares.

Y el primer triunfo internacional de los nuevos ideales son esas tímidas negociaciones que inician el reconocimiento de un nuevo estado de espíritu, común a todos los que anhelan para sus hijos un mundo mejor. Por la amplitud de sus ideales no podrá convertirse en instrumento de ninguna camarilla, ni complicarse en los odios de ninguna facción. Ha nacido para acercar a los intelectuales que anhelan cooperar a la elaboración ideológica del Porvenir.

Todos los hombres libres tienen un puesto a su lado.

Los grandes timos periodísticos.—El libro de Upton Sinclair, sobre la prensa americana

FRANK HARRIS

(Del 'Pearson's Magazine')

Sinclair titula su libro sobre la prensa americana «The Brass Check» (La Placa de Bronce) un símbolo de la prostituta. Yo no puedo hacer recomendación mejor del libro de Sinclair a mis lectores que diciéndoles por qué he resuelto escribir acerca de él. Yo había estado leyendo un libro de William Salisbury, sobre el periodismo, y había resuelto comentarlo, cuando este libro de Sinclair me vino a las manos. El libro de Salisbury es un record personal; el de Sinclair era eso y algo más. Sinclair hizo uso de la confesión de Salisbury y no sólo la confirmó

y robusteció, sino que demuestra que la corrupción y falsedad del periodismo americano es una parte del sistema capitalista y una parte inevitable. Por lo tanto, debo dar cuenta de «Brass Check» y reproducir algunas páginas de lo que considero como un libro extraordinario.

Hay un gran poema de Heine, demasiado poco conocido, en el que él responde así a una muchacha enamorada que le reprocha su falta de creencias religiosas: "Soy un devoto creyente, y comencé con un gran amor de Dios, que lo creó y ordenó todo en este mun-

do milagroso; pocos después, me enamoré de Su Hijo, que predicó el amor a todos los hombres y el evangelio de la Buena Nueva, y en mi adolescencia me incorporé como soldado al ejército del Santo Espíritu de la Verdad y he consagrado toda mi vida y toda mi fuerza a su divino servicio. Ella no tiene un campeón mejor en toda su hueste, ni uno que haya sido herido más veces en su defensa."

Al igual que Heine, yo siempre me he designado a mí mismo campeón del Santo Espíritu de la Verdad, de la cual he sido adalid en todas las ocasiones, no prestándole acatamiento a ninguna otra señora.

Siempre acaricié la creencia de que América también le tenía especial afición a la verdad y era por consiguiente más parecida a Francia que a Inglaterra, y siempre que he leído a Norris y Phillips, a Dreiser y Upton Sinclair, veía, o creía ver, una devoción a la verdad en sus libros que no he encontrado en ningún autor contemporáneo a excepción de Bernard Shaw.

De consiguiente, cuando descubrí que mis francas críticas me habían hecho persona no grata en Londres, volví los ojos naturalmente a los Estados Unidos, pensando que aquí al menos mi amor a la verdad y devoción a la tímida Diosa serían apreciados. Con harta sorpresa he encontrado la prensa de New York a un nivel más bajo que la de Londres en muchos respectos y especialmente en moralidad. Por ejemplo, si un periódico de Londres le condena o calumnia o ultraja a usted, siempre el tal periódico publicará su refutación y hasta un simple mentís; pero la prensa de New York no presta acatamiento a esta obligación de honor. Mentirá con todo el gusto acerca de usted y se negará a publicar sus rectificaciones, siempre que crea que puede defenderse contra una acción judicial cualquiera apelando a cualquier prejuicio de los corrientes.

La prensa de hoy en los Estados Unidos es una prensa de gases asfixiantes y no tiene el menor respeto por la verdad; es el instrumento más eficaz para corromper la inteligencia de los ciudadanos que se haya forjado jamás.

Y ahora viene Sinclair, otro campeón del espíritu, y en este libro trae a la picota las prácticas de la prensa americana. El hace un elocuente llamamiento a los obreros del brazo y del cerebro "para destruir esta fuente de todas las iniquidades."

Diarios y Magazines

No debe pensarse por esto que su acusación sea general o vaga. El conoce su obra demasiado bien para ello. Sinclair se ha atrincherado primero tras una montaña de hechos; citando luego por sus nombres, uno tras otro, a todos los principales órganos capitalistas de los Estados Unidos, muestra cómo en todas y cada una de las cuestiones importantes del día se puede estar seguro de verles prevaricar, tergiversar maliciosamente las cosas, y mentir descarada y escandalosamente. El «New York Times», al igual que el «Chicago Tribune» y «Los Angeles Times» y «Kansas City Star», están repletos de imposturas. Ellos mienten en Frisco como en St. Louis, en Baltimore como en Boston y mienten más alto mientras más patente es la mentira.

Mienten porque están manejados por los grandes capitalistas y sólo atienden a los intereses monetarios. Sinclair no tiene miedo de atacar a los Rockefellers, padre e hijo, tan directamente como ataca a Hearts y a Pierpont Morgan, a quien incidentalmente llama "un viejo y voraz oso blanco en su trato con las mujeres." Prueba que la casa editora de Harper y Bros está manejada hasta en sus más menudos detalles por los ochocientos mil dólares de la hipoteca que tiene depositada en las cajas de J. P. Morgan y Co.

¿Pero cuál es el fin de todo este mentir, calumniar y falsear la verdad constantemente? "Una cosa y sólo una,"—replica Sinclair—: "Que los esclavos asalariados de América continúen creyendo en y defendiendo el sistema en virtud del cual se les deja en los huesos y se les arroja en la pila de los «beneficios privados»."

De los periódicos y capitalistas, Sinclair pasa a los magazines y, otra vez dando nombres, impugna la honradez de «Colliers» y del «Outlook» y del «Saturday Evening Post» y del «Cosmopolitan»; condena al «Metropolitan», como condena a «Vogue» y «Vanity Fair» y «Life» desde la raíz hasta la copa de todos y cada uno de ellos.

Nunca se formuló tan tremenda acusación, a un mismo tiempo abrumadora y detallada, y siempre con los hechos adelante, y tras de los hechos la forzosa inferencia y el veredicto.

Y como Sinclair a pesar de sí mismo es un artista, hay un perenne «crescendo» en el libro, y desde los periódicos y magazines y personas se eleva hasta la misma fuente envenenada, la «Prensa Asociada», la dispensadora de las noticias, la abastecedora de

los informes, sin cuya ayuda ningún periódico diario de los Estados Unidos podría marchar debidamente. Sinclair prueba una y otra vez que la «Prensa Asociada» suprime verdades importantes y publica falsedades conocidas según le acomode al bolsillo de sus amos capitalistas.

“La Prensa Asociada” y los Obreros

El capítulo titulado «La Prensa Asociada y los obreros» es uno de los más luminosos y convincentes de todo el libro. En la guerra contra el Trabajo, el capitalista alquila asesinos y usa ametralladoras y la «Prensa Asociada» envía despacho tras despacho diciendo que los huelguistas han disparado contra los trenes y soldados, aun cuando la verdad sea que las tropas y los trenes blindados han disparado contra los huelguistas y sus casas, muchas veces en las tinieblas de la noche, siendo siempre las únicas personas muertas pobres obreros o sus inocentes esposas y niños.

Gradualmente se convence uno de que este libro tenía que escribirse y escribirse quizás en esta forma en que lo hace Sinclair. El cúmulo de hechos es tan enorme, las ramificaciones del sistema tan complicadas y tan universales, que se necesitaban 20 años de experiencia para manejar el asunto completamente y para que la acusación resultase a un mismo tiempo específica y abrumadora. Poco a poco se siente uno avergonzado e indignado ante la diabólica inmoralidad de tal procedimiento: ¿cuál puede ser la villanía sin nombre de un sistema social que tiene que ser defendido por tales métodos?

Leed el capítulo sobre «La Prensa y la Guerra» y os sentiréis asombrados. Copiémos:

“El autor de este libro dió su apoyo a la guerra contra Alemania y no tiene que presentar excusas por esta conducta. El creyó que el mundo sería un sitio más seguro para la labor de los radicales cuando el Kaiser fuera derribado; él lo sigue creyendo aún, a pesar de que en este momento parece como si el resultado de nuestra lucha hubiera consistido únicamente en el establecimiento de nuevos imperialismos en Italia, Francia, Inglaterra y América.

“Pero mi apoyo a la guerra no significaba que yo me había puesto en manos de los «logreros de la guerra». Yo veía que los viejos piratas de los Estados Unidos figuraban entre los más ardientes defensores de

la guerra, mientras seguían adelante con su saqueo, haciéndose en Washington empleados del Gobierno, de los de «a dólar por día» con grandes aspavientos de patriotismo, y haciendo consigo mismos contratos de los cuales extraían cientos de millones de dólares para sus bolsillos. El Trust de la Carne, el Trust del Acero, el Trust del Petróleo, el Trust de la Pólvora, multiplicaron sus ganancias con los beneficios que extraían de las necesidades del pueblo; al mismo tiempo dictaban leyes que defendían sus ganancias y colocaban los gastos de guerra sobre los hombros de las futuras generaciones. Una guerra debe pelearse y ganarse con los materiales existentes durante el transcurso de la misma en el mundo, o con los que se produzcan inmediatamente; siendo evidente que no puede pelearse con los materiales producidos por una generación venidera. La única cuestión es ésta: ¿los materiales necesarios habrán de sacárseles a los poseedores de la riqueza por medio de contribuciones, o habrán de ser tomados a préstamo, de modo que el trabajo de las futuras generaciones sea puesto en prenda? Esto es claro y sencillo; pero si usted trataba de explicárselo al pueblo durante la guerra, usted era linchado o condenado a veinte años de cárcel!

La prensa ataca la libertad de palabra

“Se les presentaba la gran ocasión a los piratas de América para poner a sus enemigos, los radicales, fuera del camino. Muchos de estos radicales se opusieron a la guerra, pero otros fueron puestos fuera de combate sólo porque se opusieron a los especuladores, siendo condenados a penas que en ferocidad excedían a cuanto se encuentra en los archivos del zarismo ruso. Unos dos mil de éstos están todavía en la cárcel cumpliendo sentencias que ascienden en total a más de veinticinco mil años.

“Hubiera sido cosa muy sencilla convenir a los socialistas de que debían apoyar la guerra. Hoy sabemos que Nicolás Lenin sólo pidió la promesa de apoyo por parte de América para disponerse a repudiar el Tratado de Brest-Litovsk y hacer la guerra al kaiserismo. La historia de lo que los periódicos hicieron en América con los radicales en esta crisis sería increíble... si usted no leyera el resto de este libro. Tómeme por ejemplo el caso de Bennwart, un pacifista de Boston, miembro de un Comité, quien visitó al Senador Lodge para

protestar contra la declaración de guerra. El Senador Lodge se encolerizó hasta pegarle una bofetada a Bannwart; y por todo el país circuló la noticia de que el Senador Lodge había sido asaltado en su propia oficina por un pacifista. El Senador se convirtió en un héroe nacional; los periódicos de Boston llenaron columnas y más columnas acerca del incidente, y cuando Bannwart acudió al Senador para que reconociese la verdad, no sólo se negó éste a confesarla, sino que dió a la publicidad muchos telegramas congratulándole por su heroísmo. Ningún periódico quiso publicar la rectificación de Bannwart, quien durante dos años estuvo sin defensa, hasta tanto que su pleito en reclamación de daños estaba a punto de ser señalado para juicio, fecha en que el Senador se rindió, admitiendo por escrito que fué él quien descargó la primera bofetada. Supongo que conocéis al «Evening Transcript», órgano de la aristocracia de la cultura y del dinero de Boston, el cual publica media página de anuncio con los alegatos de los abogados de la Compañía del Gas y transmite «notas» para los piratas de «New Haven»; pues si lo conocéis estaréis preparados para enteraros de que el «Transcript» enterró esta confesión del Senador Lodge en un rincón remoto y sin el menor comentario.

“Otro ejemplo: el llamado «Comité Lusk», de la Legislatura de New York, celebró una sesión secreta con los directores de los periódicos de New York (Junio 3, 1919, en el Hotel Murray Hill) y en ella explanó su campaña en detalle. Entonces procedió, con un pelotón de soldados y detectives, al raid (asalto) de las oficinas de la «Escuela Rand de Ciencias Sociales» (Rand School of Social Science); les acompañaba un agente del servicio secreto del Gobierno inglés, que está ahora ametrallando a los radicales en Irlanda y la India y desea enterarse de cuanto pueda acerca de sus defensores en América. Allí encontraron un manuscrito delineando un plan de propaganda entre los negros. Era un manuscrito rechazado, según resultó; pero el «Comité Lusk» lo aceptó, y lo hizo circular profusamente en la prensa juntamente con manuscritos sobre la cura de enfermedades, manuscritos sobre profesías bíblicas, manuscritos conteniendo planes para la abolición del dinero, para comunicarse con Marte, y para exterminar los gusanos en las cárceles de los Angeles!

“También encuentran una circular de la «Rand School» en la que se dice ‘que los

socialistas deben prepararse para apoderarse del Gobierno.’ El Comité publica esto en seguida en los periódicos con un grito de horror: ¡sedición!, ¡traición!. ¡Debe anularse la carta constitucional de la Rand School!... Todo como si hubiera algún partido político, o asociación política, en los Estados Unidos que no se propusiera ‘apoderarse del Gobierno.’ Como si hubiera alguna otra cosa que un partido político o asociación política pudiera proponerse.

“Mienten acerca de los pacifistas y de aquellos a quienes califican de bolsheviks. Mienten acerca de hombres como yo, que apoyé la guerra y me opongo al bolshévismo. Durante los procedimientos de la Comisión de la Legislatura que investigaba el asunto del «bolshévismo en América», se sometió, de acuerdo con las noticias de los periódicos, una larga lista de escritos que hablaban de ‘la necesidad de derrocar por la fuerza el Gobierno de los Estados Unidos,’ y entre los escritores allí nombrados aparece Upton Sinclair. Yo escribí al momento al abogado Lamar del Departamento Postal, al Alcalde Humes y al Senador Overman, ya que éstos fueron los que compilaron los escritos en cuestión. En mi carta a estos caballeros les explicaba que por veinte años yo había estado escribiendo precisamente con el fin de evitar ‘el derrocamiento del Gobierno de los Estados Unidos por la violencia’ y suplicaba se me indicase qué escrito mío podía suministrar base para tal acusación. Tengo cartas de los tres caballeros citados declarando que no se incluyó nada mío en la lista. El «report» que publicó el Comité Overman revela que esta declaración era correcta. Sin embargo, el despacho en que figuraba mi nombre fué transmitido a todo el país por la Prensa Asociada... Y esta es la hora en que no he recibido reparación.”

“La lista de anécdotas podría prolongarse indefinidamente si el espacio lo permitiera. El Gobierno de los Estados Unidos está deportando a los revolucionarios hindúes para que sean ejecutados por el Gobierno inglés cuando lleguen a la India. El Profesor Richard Gottheil, de la Universidad de Columbia, escribe al «New York Times» desmintiendo esta versión. Robert Morse Lovett, director del «Dial», escribe en seguida al «Times» citando caso tras caso, de fuente oficial inglesa. Y el «Times» se niega a imprimir la carta de

Mr. Lovett! Un amigo mío le escribe al Profesor Gotheil sobre ello y éste contesta que desea que el «Times» imprima la carta de Mr. Lovett, porque a él le gusta que se juegue limpio. Pero el «Times» no cree que se debe jugar limpio!

Finalmente Sinclair resume todo lo anterior en un capítulo que intitula «El caso de Rusia.»

«Pero el caso perfecto de truhanería periodística, el caso que en los anales de la historia ha de sobresalir sobre todos los otros pasados o presentes, es el caso de Rusia. Podría decirse que toda la pasada experiencia de la prensa capitalista de América en lo de falsear y tergiversar noticias, no era sino una gimnasia para prepararse a lo que iba a hacer con la revolución rusa. Se invita al lector a establecer la siguiente ecuación: el periodismo americano hizo esto y esto otro a un autor americano que abogaba por la abolición del privilegio y de la explotación: ¿qué es lo que este mismo periodismo haría contra 180 millones de seres humanos que se alzaron, y real y efectivamente pusieron término al privilegio y explotación en una mitad de dos continentes?...

«La primera revolución, la revolución de Kerensky, fué política y nos pareció bastante aceptable; no formulaba ninguna amenaza contra la propiedad y nos prometía su apoyo en nuestra guerra. Nuestra prensa capitalista no opuso dificultad a la corriente de las noticias. Pero vino luego la segunda revolución, la revolución bolshévique, que sí amenazaba la propiedad y se proponía retirarse de nuestra guerra. ¿Qué partido habíamos de adoptar?

«Nos habíamos estado ejercitando durante una generación para estar preparados para este momento; nos habíamos estado «entrenando» en las oficinas del «Cosmopolitan Magazine» de Mr. Hearst, donde Mr. Hearst tenía un prestidigitador del periodismo, de a veinticinco mil dólares al año, que respondía al nombre de Edgar Sisson. Cuando tuvimos necesidad de moldear la opinión pública en lo referente a Rusia, enviamos a este brujo de Mr. Hearst al otro lado del mar, y allí topó en seguida con una serie de documentos que probaban que Lenin y Trotzky eran agentes alemanes. Estos documentos habían sido examinados y rechazados por Raymond Robins, y también por la Embajada inglesa, ninguno de los cuales estaba favorablemente inclinado a los bolshéviks, pero cosas como estas no per-

turban a los editores Hearst, que han aprendido a pensar en letras titulares. Los documentos de Sisson fueron enviados a Washington, y, puestos bajo la autoridad del Gobierno de los Estados Unidos, fueron en seguida publicados en todos los periódicos de América.

«Hoy sabemos quiénes eran los verdaderos pro-alemanes en Rusia. El Vizeconde French, en su recién publicado libro, nos ha contado que la corte rusa estaba infestada de pro-alemanes y que si no hubiera sido por la traición de gran parte de la aristocracia rusa, la guerra habría sido ganada dos años antes. Cuanto a Lenin y Trotzky, no solamente eran realmente enemigos jurados del Gobierno alemán, sino que en aquel mismo tiempo estaban proponiendo la repulsa del tratado de Brest-Litovsk, siempre que los Estados Unidos les ayudasen; pero los Estados Unidos eran una «virtuosa» nación capitalista y toda la prensa capitalista de América se alzó unánimemente a proclamar a voz en cuello que nuestro país no debía tener relaciones con los hombres que se habían negado a pagar intereses sobre las deudas del Czar a J. P. Morgan y Co.

«Toda la facultad de mentir de nuestros periodistas se volvió contra la Rusia Soviética; y si usted ha leído este libro sin saltar nada, ya sabe usted a qué atenerse sobre la facultad de mentir de nuestro periodismo. No hubo leyenda demasiado grotesca que no se la considerase digna de esparcirse a los cuatro vientos. En una misma semana solíamos leer que Trotzky se había fugado para España, que había sido reducido a prisión por Lenin; ¡que había estado pidiendo colocación en un periódico de Kansas! Fueron tantas las fábulas que publicaron, que no podían ni llevar nota de ellas. He aquí dos párrafos de un solo número de un periódico

«Nicolás Lenin, el Premier bolshévique, es el único que queda de entre los bolshéviks prominentes observando una vida sobria.—«New York Times», febrero 26, 1919.

«El Premier Lenin, según declaran algunos refugiados, no tiene por qué inquietarse por el problema de los alimentos. Su cuenta de frutas y legumbres en solo uno de los meses recientes, subió a sesenta mil rublos.—«New York Times», febrero 26, 1919.

«En su libro «Rusia en 1919», Arthur Ransom relata cómo hallándose en Finlandia leyó toda clase de noticias sobre mo-

times y revueltas en Petrogrado y que la ciudad había sido bombardeada por barcos de guerra. Llegó a Petrogrado y se encontró con que la ciudad estaba tranquila y todo el mundo riéndose de estas fábulas.

“¿Y qué decir de lo de la nacionalización de las mujeres, el más grotesco espantapájaros que jamás inventó la fantasía humana para sembrar terror en el ánimo de un pueblo? Ya os he demostrado cómo la imaginación de los periodistas «de alquiler» se abastecía de sucias consejas acerca de las orgías sexuales de los radicales. Un periódico jocoso de Moscow publicó una broma de esta índole sobre el bolshevismo, y lo que ocurrió a propósito de ellas nos lo explica el siguiente record de «Isvestja», el órgano oficial del Gobierno Soviet Central, en su número de mayo 1 1918:

“Resolución de las Soviets de Moscow. El periódico de Moscow, «Vida Nocturna», por imprimir un decreto imaginario acerca de la socialización de las mujeres, en su número 36, correspondiente al 3 de mayo, será clausurado definitivamente y con demandando a una multa de veinticinco mil rublos.

“El periódico «New Europe» que fué el primero en publicar esta historia, hizo una rectificación completa. Harold Williams que había enviado la historia a Inglaterra, también presentó sus disculpas. El Departamento de Estado de los Estados Unidos desmintió oficialmente la historia en febrero 28 de 1919. Jerome Davis, de la Cruz Roja Americana, la desmintió también, por informes directos, en el «Independent» de marzo 15, 1919. Pero, ¿ha leído usted alguna vez estas rectificaciones y disculpas en la prensa capitalista americana? No, no las pudo haber leído! Y no sería exageración decir que nueve de cada diez personas de los Estados Unidos continúan creyendo firmemente todavía que las mujeres han sido «nacionalizadas» en Rusia, o en todo caso, que los bolsheviques lo intentaron.

Un calumniador clerical

“Yo he pintado en varios lugares de este libro la degeneración del «McClure's Magazine», desde que se convirtió en un órgano de los privilegios. También he mencionado al «Newell Dwight Hills», agente del camoufflage clerical, y su maligno folleto contra los huelguistas de Colorado. Pues ahora vemos a «McClure's Magazine»

alquilando a Hills para insutar a la Rusia Soviet. Después que todas estas rectificaciones han sido publicadas y están a disposición de todos los hombres honrados, este agente del camoufflage clerical elabora en dicho Magazine (No. de junio, 1919) con un largo artículo en que predica se haga correr la sangre del pueblo ruso. El periódico pone sobre el artículo un fotograbado que representa una figura odiosa, portando una tea y una bomba, y más abajo esta nota editorial:

“Los artículos del doctor Hills han dado lugar a un diluvio de cartas de felicitación. El escribe como predica, valientemente, verazmente.”

“Yo me pregunté: ¿podría una nueva crucifixión de Cristo ser peor que la aplicación de esas palabras, valientemente, verazmente, a la escandalosa mentira que sigue?

“Se concede ahora que todos los pueblos y ciudades del interior de Rusia han adoptado el procedimiento este de la nacionalización de las mujeres.”

“Recientemente las Soviets, acosadas por el hambre, han tenido que plegarse a la voluntad del capitalismo mundial, hasta llegar a consentir en el pago de intereses sobre las deudas del Czar; han ofrecido poner en garantía algunos de los vastos recursos naturales de Rusia para el pago de la maquinaria e implementos que necesitan. Y así la diplomacia aliada se halla vacilante y perpleja. ¿Se atreverán los diplomáticos a afrontar los terrores de la propaganda bolshevista, esa misteriosa magia negra? ¿Se atreverán a permitir que el mundo vea cómo prospera una revolución social, un gobierno «de» los trabajadores «para» los trabajadores, «que no ha de desaparecer nunca de la tierra»?

La misión mandada por Wilson a Rusia

“El Presidente Wilson envió una misión confidencial a Rusia, compuesta de William C. Bullitt y Lincoln Steffens. Estos regresaron e informaron que había orden en Rusia; que el pueblo ruso estaba satisfecho del régimen Soviet; que la nacionalización de las mujeres en Rusia era una fábula estúpida; que la causa única del hambre y miseria que había en Rusia provenía del bloqueo aliado, y que Lenin deseaba la paz y estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio para obtenerla. El Presidente Wilson, por razones que sólo él conoce, rechazó el informe y los consejos de esta Comisión. Steffens hizo una declara-

ción pública de su actitud, que vió la luz en el «London Daily Herald», pero no en ninguno de los periódicos o magazines de los Estados Unidos. Bullit presentó su renuncia del puesto que desempeñaba en la delegación de la paz y dirigió al Presidente Wilson una carta breve y altiva, exponiendo sus razones, y esta carta fué publicada en el periódico «The Nation», pero no lo fué en ningún periódico capitalista de América, según nuestros informes.

“Luego, Bullit fué citado para comparecer ante una Comisión del Senado y la Prensa Asociada hizo circular una nota breve y tergiversada acerca de su testimonio ante la Comisión. Al día siguiente Bullit sometió al Senado el informe confidencial acerca de Rusia que le había entregado al Presidente Wilson. Esta era la más importante información acerca de Rusia accesible todavía al pueblo americano; sin embargo, el periódico «Los Angeles Times», de donde yo recibo las primeras noticias del mundo, no dió ni una línea de este informe.

“Visité las oficinas del periódico «Los Angeles Examiner» para preguntar si la Prensa Asociada había tocado algo del informe de Bullit. «Los Angeles Examiner», como usted sabrá, es uno de los periódicos suscritos al servicio de la Prensa Asociada. Pero el Redactor en Jefe tanto como el Director de la sección cablegráfica, me aseguraron que la Prensa Asociada no le había remitido al «Examiner» ni una palabra de esta noticia, de las más importantes noticias acerca de Rusia de que aun podría disponer el pueblo americano. A propósito de esto, dice «The Nation»:

“Ningún periódico ha impreso completo el testimonio de Mr. Bullit, ni siquiera ha hecho inserciones de él que den idea general de su contenido. Hubo sólo tres representantes de la prensa presentes cuando él declaraba y hasta ahora ha venido sufriendo que su testimonio sea alterado y falseado y que se le atribuyan interviús que nunca celebró.”

Luego Sinclair nos dice cómo eso del «bolshévismo en América» ha venido elaborándose, e incidentalmente nos demuestra, lo que «The Nation» de Londres dijo el otro día y yo he repetido aquí, que ninguna nación ha hecho contra la libertad de expresión lo que ha hecho la nación americana.

Finalmente, él indica un remedio y Samuel Untermyer, el distinguido abogado, indica otro.

Dos remedios

Tomaremos la proposición de Untermyer en primer lugar, quien se expresa así:

“Si la opinión corriente es correcta, el monopolio de la Prensa Asociada sobre las noticias del mundo es completo. A menos que las cortes no declaren, cuando la cuestión venga ante ellas, que las noticias son un servicio de utilidad pública; que la Prensa Asociada está dedicada al comercio entre estados, haciendo uso de los cables y de las líneas telegráficas y telefónicas y que por lo tanto está obligada a suministrar su servicio en iguales términos a todos los que se muestran deseosos de pagar por él (y si esa no es la ley debiera serlo pronto); a menos que las cortes no estén dispuestas a dar ese dictamen, el monopolio de la Prensa Asociada continuará siendo intolerable.

“Yo he luchado contra él durante años y hasta ahora en vano, pero seguiré luchando hasta que lo rompa. La pequeña camarilla que maneja a la Prensa Asociada está a su vez bajo el dominio absoluto de algunos de los más reaccionarios y estrechos elementos entre los grandes capitalistas del país. Si nuestro Gobierno no pudiese mantener la tensión de estos terribles tiempos y si la revolución y la sangre sobreviniesen, lo que Dios no quiera—la responsabilidad caerá sobre hombres como Garry y violadores de la Ley como los de la Corporación del Acero que carecen de toda visión y de todo sentido de justicia.”

Cuanto a Sinclair, se expresa así:

“Debe haber una ley que le prohíba a todo periódico el tergiversar telegramas o despachos cablegráficos.

“Debe haber también una ley que dis ponga que cuando un periódico haya publicado alguna falsedad acerca de un individuo y cuando se le haya llamado la atención hacia la tal falsedad, deberá publicar una rectificación de la misma en el número próximo y en el mismo sitio y con la misma prominencia que se le dió a la falsa noticia.

“La ley debe disponer también que a la publicación de cualquier informe falso y cuando éste no se corrija inmediatamente al recibo del aviso correspondiente, la parte perjudicada tendrá el derecho de reclamar una cantidad fija de dicho periódico... de cinco a diez mil dólares por lo menos.”

El remedio de Sinclair es menos eficaz en mi opinión, aunque creo que tanto el de él como el de Untermyer deben ensayarse. El desea fundar un semanario que se intitule «Las Noticias Nacionales» (1) y que deberá prescindir en absoluto de los anuncios y editoriales.

Ahora bien, yo estoy de acuerdo en que se omitan los anuncios, pero es seguro que se necesita el comentario editorial; yo limitaría el espacio concedido a los editoriales estrictamente, pero siempre es necesario algún comentario. (2)

El navalismo y la Liga

(De "The Freeman", New York)

Se hace duro creer que nadie pueda ser tan cándido que imagine que la cuestión de la reducción de los armamentos dependía de la Liga de Naciones y que la ratificación del Tratado habría de influir en un sentido o en otro en los desembolsos militares y navales de las grandes potencias. Se suelen leer editoriales apologeticos que le echan la culpa al Senado de las abrumadoras cargas de los armamentos, pero algunos datos despejarán fácilmente toda duda acerca de tan descabellado aserto. El primer dato a considerar es que el Tratado se firmó el 28 de Junio de 1919, tres meses después que el Gobierno inglés había presentado en el Parlamento sus cálculos de 746 millones de dólares para 1919—20. Cuando el presupuesto original se presentó en la Cámara de los Comunes, en marzo de 1919, habían pasado ya cuatro meses desde el armisticio, y durante este tiempo las armadas de Alemania y Austria estaban fuera de combate; ahora ya han dejado de existir completamente.

Ya no podrá decirse por más tiempo que el navalismo de Alemania y Austria constituye una amenaza para la civilización cristiana. Además, hay el hecho extraordinario de que el presupuesto para la nueva armada de los Estados Unidos en el año fiscal de 1919 subió a nada menos que a \$ 1,573,384,061. Por supuesto que ciertos gastos de éstos eran impuestos por las necesidades momentáneas de la guerra; pero la ratificación del Tratado una hora después que el Senado hubiese considerado estos créditos, no habría afectado en lo más mínimo los cálculos y programas presentados en el último año fiscal.

Si el público hubiese estado en disposición de ánimo de preguntarle a la Administración el por qué de tan enormes sumas como

las gastadas este año en la Armada e insistiera en pedir una razón que explicase nuestra entrada en una competencia naval con Inglaterra, ciertamente que no se escribiría una necedad como la siguiente:

“Será vano esperar una reducción de los armamentos y la rebaja de las contribuciones. La paz será un sueño engañoso, y la civilización un dudoso experimento, y la libertad un mito, si los Estados Unidos rechazan el pacto de la Liga de Naciones, condenándole sin oírle.

El día antes de la publicación de esta explosión editorial, el mismo periódico, al comentar el informe anual del Secretario Daniels, pone la cuestión de los armamentos en su verdadero sitio. El editorial nos dice:

“Habiendo sido firmado el armisticio, se ha decidido examinar el plan para la construcción de los doce grandes barcos del programa de tres años y revisarlo a la luz de las lecciones navales de la guerra. Los Almirantes Griffin, Taylor y Earle fueron enviados al extranjero para consultar con los Almirantazgos inglés, francés e italiano en la primavera de 1919... Al regreso del Almirante Griffin y de sus compañeros, la Junta General oyó su «report» y resolvió que los barcos fuesen terminados a la brevedad posible, y que los planos para las futuras construcciones de barcos de guerra dependerán de los ulteriores progresos en construcciones navales de carácter militar.”

Esto va más al grano, está más conforme con el espíritu de estos negocios de armamentos. Pero ¿qué efecto podría tener la ratificación del Tratado en esta resolución de la Junta General? El programa tendría que ser llevado a cabo fuese o no fuese ratificado el

(1) Sobre este periódico insertamos un artículo del mismo Sinclair en el número anterior.

(2) El resto de este trabajo versa sobre el mismo asunto tratado por Sinclair en el artículo citado.

Tratado, y mientras haya gentes que dependan en sus vidas, y en otras cosas muy deseables, de la manufactura de armamentos, “la paz será un sueño, engañoso, la civilización un dudoso experimento y la libertad un mito.” Esta es la pura verdad que hay en la raíz de todo el asunto.

La resolución de la Junta General significa que la cuestión del desarme naval deberá de todos modos aplazarse hasta 1924. El Presidente Butler, de la Comisión de Presupuestos navales, dice: “Si el plan de construcción autorizado en este proyecto de ley se cumpliera, los Estados Unidos en 1924 tendrían una Armada capaz de medirse en fuerza y valor con cualquiera armada del mundo.” Por supuesto; y la ratificación del Tratado no habría entorpecido este plan en lo más mínimo, porque la Liga no se concibió con ese fin. Con las armadas de las potencias centrales fuera del camino, no había necesidad de una Liga para hacer lo que hubieran podido hacer los aliados si tuvieran—que no la tienen—una partícula de confianza unos en otros. Ciertamente que el autor del editorial que trata del «report» del Secretario Daniels no parece haberse dejado distraer en lo más mínimo por sueño alguno de paz, de civilización y libertad, pues él mismo hace notar que “hay una sección de la Armada inglesa en la que Inglaterra puede fácilmente hacerse superior, a menos que los Estados Unidos se pongan al nivel de ella, y esta es la sección de aviación.” Y añade: “Ninguna armada moderna puede ser verdaderamente formidable y estar dispuesta a tomar la ofensiva al instante, a menos que no mantenga una fuerte flota en el aire tanto como en el mar.” Vemos así que el ponernos al mismo nivel significa que tendremos que buscar el dinero suficiente para proveernos de buques aéreos en cantidad bastante a proteger nuestros doce nuevos barcos, esos que la Gran Bretaña “no podrá igualar.” Uno de estos editoriales parece haber sido escrito por el director de la sección naval, un positivista, y el otro por el director de la sección de Moral, un sentimentalista.

Los proyectos navales del Gobierno inglés para el año de 1920—21, fueron presentados en la Cámara de los Comunes por el primer Lord del Almirantazgo hace sólo unos pocos días—por una coincidencia curiosa, el día de St. Patrick—y como de costumbre, el primer Lord, de acuerdo con el ritual democrático del Parlamento inglés, hizo sus declaraciones frente a frente a los representantes del pue-

blo. Por supuesto que deploró la competencia naval con los Estados Unidos, de igual modo que hace pocos años Mr. Winston Churchill había deplorado la competencia naval con Alemania. Pero esto no es más que el exordio obligado que hacen siempre los primeros lores del Almirantazgo con el mismo gesto con que un hambriento da las gracias. Después de esto, Mr. Long dijo que la política tradicional de Inglaterra de mantener una flota tan grande como la de dos potencias juntas, sería estrictamente mantenida; y de acuerdo con esta política, se presentaron los presupuestos para este año fiscal, que ascendían a \$ 422,000,000, lo que significa un aumento de unos \$ 140,000,000 sobre los cálculos de 1914. “Creemos y esperamos—dijo el primer Lord—que si hubiera alguna emulación entre nosotros (entre Inglaterra y los Estados Unidos) es probable que sea en la dirección de reducir el amplio margen de fuerza naval que ambas naciones poseen sobre las otras potencias navales.” Reducción del amplio margen está bien—es excelente hasta donde vaya—pero no significa el desarme, ni nada parecido.

El «bill» de presupuesto naval informado por nuestra Comisión de Asuntos Navales de la Cámara, propone un crédito de \$ 425,000,000, para invertirlo en nuestra Armada durante este año fiscal, y se nos dice que ésta es aproximadamente la cifra que Mr. Daniels recomendaría en caso de que el Tratado fuera ratificado. El crédito es, sin embargo, de \$ 83,000,000 de dólares más que el de 1914; pero está por el medio el programa de tres años iniciado en 1916, que hay que cumplir. Y así, es inútil que los primeros lores y secretarios de Marina se entreguen a piadetas explosiones acerca de disminuir la competencia, cuando se proponen créditos tan enormes para que carguen con ellos los ya sobrecargados contribuyentes. Los contribuyentes estaban bajo la impresión de que su última guerra era una guerra para acabar con el militarismo y el navalismo. Además, estaban bajo la impresión de que los demás grandes expertos navales de Europa habían aprendido, por su experiencia en la guerra, que los submarinos y buques aéreos habían producido una revolución en la construcción naval y que los «dreadnoughts» y cruceros de primera clase tendrían que ponerse en la categoría de artículos de museo. Pero nuestro programa para este año no revela ningún cambio en el tipo de las nuevas construcciones.

Los presupuestos navales de los gobiernos

inglés y americano para este año, irresistiblemente traen a los ánimos bien informados una pregunta y sólo una. ¿Vamos a presenciar un renacimiento de las maquinaciones del grupo internacional de hacedores de armamentos que existía antes de la guerra, de aquella pandilla que fué culpable de todas las orgías «jingoístas» de Europa, que compró a la prensa, que cautelosamente iba sembrando simientes de odio, que colaboró siempre con la otra cuadrilla de concesionarios internacionales, quienes fueron los principales culpables de que el mundo fuera arrojado en el horror más grande de los siglos? Esta gran pandilla de los armamentos nunca laboró dentro de las líneas de un nacionalismo estrecho, sino que hizo siempre las cosas al gran estilo internacional. Una simple ojeada a la lista de los directores de la «Harvey United Steel Company, Ltd.», de Londres, tal como aparece en el certificado de inscripción expedido antes de que la Compañía fuese puesta en liquidación voluntariamente en 1912, bastará para mostrar el carácter internacional del grupo. Héla aquí:

Beardmore, Mm., Glasgow.
 Bettini, Raffaele, Roma.
 Ellis, Chas, Edward Sheffield.
 Falkner, John Meade, Newcastle-on-Tyne.
 Houdaille, Chas, Francois Maurice, París.
 Hunsiker, Millard, París.
 Saefel, Fritz, Dillingen a. d. Saar.
 Vickers, Albert, London.
 Vielhaber, Heinrich, Essen.

Esto sí que es internacionalismo puro. Estos caballeros estaban en el negocio de los armamentos para nada más que para los negocios, y nunca le consintieron a su patriotismo que estorbase sus obligaciones como directores de estas empresas. Otro grupo internacional que estaba dedicado al negocio de la «defensa de tierras nativas» era el del «Steel Manufacturers Nickel Syndicate»; y sus nombres, de acuerdo con el certificado de inscripción, revelan un deseo de internacionalismo que podría muy bien servir de ejemplo a los contribuyentes que han suministrado la mayor parte de los dividendos que la compañía ha recibido:

Cammel Laird y Co., Inglaterra.
 Vickers, Limited, Inglaterra.
 Armstrong Whitworth y Co., Inglaterra.
 Hadfields, Ltd., Inglaterra.
 Mm. Beardmore y Co., Escocia.
 Der Dillenger Co., Alemania.
 Krupps, Alemania.
 Compagnie des Forges, Francia.
 Chatillon, Francia.
 Schneider y Co., Francia.
 Witzhowitzer co., Austria.
 Societa di Terni, Italia.

Estos grupos internacionales operaban antes de que la guerra comenzara y estaban interesados en mil y una cosas además de los armamentos. La ramificación de los negocios de los directores de estas empresas se averiguó antes de la guerra, hallándose que tendían hacia especulaciones petroleras, hulleras, mineras, y a casi todo cuanto puede entrar en la manufactura de municiones de guerra, con la notable excepción de los alimentos. Ahora bien, si estamos amenazados otra vez por el enorme poder que laboró internacionalmente antes que la guerra comenzara, parece llegado el momento de que el pueblo de los Estados Unidos se una a los pueblos de Inglaterra y Europa con el fin de protegerse a sí mismos de estos enemigos de la civilización. Lord Welby, que fué Jefe del Tesoro inglés por algunos años antes de la guerra, dijo: «Estamos en las garras de una organización de bandidos. Entre éstos hay políticos, generales, manufactureros de armamentos y periodistas. Todos ellos están ansiosos de créditos ilimitados que les permitan seguir inventando historias para aterrar al público y para aterrar a los ministros de la corona.» Lord Welby sabía lo que decía, pues su posición en el Gobierno le ponía en contacto diario con las operaciones de estos grupos internacionales.

La cuestión es, después de todo, muy sencilla. Es esta: ¿Está el pueblo interesado en el manejo de sus propios asuntos? Si la contestación fuese sí, entonces se acabaría con el navalismo. Si la contestación fuese no, entonces no hay duda de que la competencia seguirá adelante, alegremente, hasta su fin inevitable.

Una interviú con Bernard Shaw.—Lo dice el gran pensador acerca de la situación actual de EE. UU.

JOSEPH COLLOMB

Cuando yo le pregunté a George Bernard Shaw por qué no se resolvía a hacer una visita a la tierra de la libertad, me respondió:

“Si yo me dispusiera a ir a los Estados Unidos tendría que enterarme primero de cuáles son sus mejores cárceles. En realidad la tentación es muy fuerte. Los más selectos espíritus de su país, hombres como Eugenio V. Debs y mujeres como Kate O'Hare, están allí en la cárcel. La compañía de ellos sería espléndida; la mejor del mundo. Pero tengo entendido que el hospedaje allí es horrible. Y yo les tengo horror a las incomodidades.

“Además, no estoy muy seguro de que mis hospederos, sus Poderes gobernantes, me habrían de poner en una habitación contigua a la de la gente que yo quiero. De la única cosa de que estoy seguro es de que sería metido en la cárcel, toda vez que no hay duda de que yo hablaría en los Estados Unidos. Y al hablar, es seguro que no dejaría de decir precisamente lo que Eugenio Debs y Kate O'Hare, y vuestros elementos mejores, han dicho; y no hay que olvidar que ellos están en la cárcel por tratar de redimir a sus semejantes de la ignorancia y de la explotación.”

Esta fué la razón más convincente que me dió para negarse a visitar la gran democracia del mundo occidental en cuya puerta se alza la Estatua de la Libertad. Pero no fué esa la única razón.

“Yo sé más acerca de las instituciones americanas que lo que saben los americanos, no tanto porque soy Bernard Shaw, sino porque no soy americano. Y esto lo digo en un sincero espíritu de bondad. Sería cruel suponer que los americanos conocen sus instituciones y que sin embargo toleran un régimen que lanza a la cárcel y deporta a hombres y mujeres que se dedican al poco provechoso negocio de emancipar a sus semejantes, al mismo tiempo que envía al Congreso y rescompensa con colosales fortunas a aquellos que hacen su agosto traficando en municiones y en carnes adulteradas.

“Yo supongo que es cosa muy difícil el apreciar la verdadera grandeza en hom-

bres y mujeres antes de que estén bien muertos. Por consiguiente, no debemos ser demasiado exigentes con los americanos por no darse cuenta de que es a sus grandes hombres y mujeres a quienes están mandando a la cárcel, y de que son sus más mezquinos hombres, constituidos en una plebe enorme, los que están enviándoles a ese sitio. Sin embargo, no puede explicarme cómo ni el más estúpido vecino de un hombre como Eugenio Debs pueda dejar de apreciar la grandeza de su corazón. Yo puedo sentir el fuego de ese corazón a cuatro mil millas de distancia.

“Sí, por consiguiente, estas cosas se hacen menos perceptibles a la masa de los americanos que están al otro lado de las paredes de su cárcel, ¿por qué he de tomarme yo la molestia de hacer un largo viaje hasta allá para conocer lo mejor que tienen ustedes allá cuando lo puedo hacer desde acá mucho mejor?

“Hace dos años vuestros tribunales tenían, quizás, la excusa de la guerra para justificar su salvajismo. Los muertos, heridos y mutilados provocan, naturalmente, sentimientos de venganza, y hombres movidos por este fuerte sentimiento merecen cierta disculpa, aunque si la civilización fuese algo menos superficial de lo que es, resistiría perfectamente que se la escarbase. Pero ninguno de vuestros jueces —ninguno de esos hombres que han dictado bárbaras sentencias contra pobres muchachas y viejos, sólo por expresiones inspiradas en un espíritu de cristiandad—tenían la excusa de ver caer la muerte del cielo todos los días. Ellos dormían tranquilos, mientras acá los cañones se hacían sentir en el aire hasta por aquellos de nosotros que permanecemos en nuestras casas. Vuestros jueces estaban separados, nada menos que por el Atlántico, de las terribles bombas explosivas que caían del cielo. Nosotros acá, sentados en nuestros jardines, sabíamos cuándo se rompía el fuego en Europa por los estremecimientos del aire. Nosotros sabíamos lo que era ver casas destrozadas de pronto junto a nosotros,

Nosotros estudiábamos las fases de la luna ansiosamente, temerosos de su luz. Sin embargo, ni siquiera nuestros aterrados jueces se atrevieron a mostrarse tan enloquecidos de pánico como se mostraron vuestros jueces en la ferocidad de sus sentencias contra muchachas y viejos. Y en tanto aquí, precisamente las mismas opiniones que en América eran castigadas con veinte años de presidio, eran acogidas con estruendosos aplausos por grandes multitudes.

“Pero bien, eso fué hace dos años, cuando teníamos la guerra encima. ¿Qué excusa tienen vuestros gobernantes ahora para mantener a estos hombres, mujeres y niñas en la cárcel todavía? Y cuál, para seguir mandando otros centenares al mismo sitio? ¿Y cuál para las deportaciones en masa que vienen haciendo? ¿Tienen miedo de que estas gentes, a quienes miran con tan profundo desprecio, sean en realidad bastante fuertes para poner en peligro la majestad del gobierno de los Estados Unidos? Si ello es así, es una cosa bien interesante. Las inferencias que surgen de tales temores son tan curiosas como aquellas que los hombres de discernimiento derivaron de algunos de los más secretos métodos usados en los Estados Unidos para levantar empréstitos de guerra.

“Dios sabe que nosotros también tuvimos nuestra parte de pasión plebeya y de insensatez durante la guerra. Por supuesto que los aviones alemanes mataron muchas mujeres y niños aquí. Pero de la misma manera nuestros aviadores mataban a las mujeres y a los niños alemanes. Esto sin hablar de nuestros Consejos de Guerra, que se dedicaban a matar por hambre al enemigo por medio de bloqueos, al igual que ahora están matando por hambre millones de rusos—mujeres y niños,—también por el bloqueo; si bien el hecho de que los rusos parecen capaces de seguir adelante a despecho del bloqueo, inducirá probablemente a nuestros humanitarios estadistas a levantarlo. (1)

“Yo sé al menos de un caso en que los aviadores ingleses, no sólo arrojaron bombas sobre las ciudades no fortificadas de Alemania, sino que llegaron hasta a volar tan bajo que a una altura de cien pies inundaron las calles de una pacífica ciudad enemiga con el fuego de sus ametralladoras.

“Por supuesto que los alemanes prorrumpieron en gritos de terror, acusando a nuestros hombres de que estaban deliberadamente asesinando a mujeres y niños, precisamente lo mismo que gritaba nuestro pueblo en contra de los alemanes. Pero todo aquel que sepa algo del negocio de lanzar bombas, podrá decirnos que estas quejas son pura ignorancia.

“Es como si los aviadores se dijeran: ‘Hombre, allá abajo veo un grupo de niños. Les voy a lanzar una bomba!’ Usted tiene su bomba en una canasta de alambre. Hay una espira de nivel a cada lado, en ángulo recto. Las ampolletas deben encontrarse exactamente en el medio. Es tan difícil conseguir eso como lo sería jugar billar a bordo de un barco. Luego se asoma usted por una ranura que tiene a lo más media pulgada de ancho. A todo esto, usted está viajando a una tremenda velocidad, a más de cien millas por hora. Por un instante divisa usted la catedral de San Pablo o un Asilo de huérfanos alemanes. Están a más de media milla de distancia. Pero usted tiene que dejar de volar instantáneamente, si quiere hacer blanco. Muy bien, usted hace alto. Si la bomba ha cogido a mujeres y niños es todo ello casi un mero accidente. Pero las gentes no le llaman así. Si vuestra bomba mata mujeres y niños, esto se llama patriotismo y heroísmo. Si la bomba del otro sujeto mata mujeres y niños, eso se llama salvajismo.

“Y fíjese: no eran tanto los hombres del aire los que lanzaban estas quejas como los que se quedaban en casa. Pues me he fijado en que mientras más lejos estaban las gentes de la línea de fuego, más sedientos de sangre se volvían. Y América ilustra este fenómeno a la perfección.

“Ello fue sin embargo durante la guerra. Pero, ¿y ahora? Ahora más que nunca en la historia de los Estados Unidos, los hombres, las mujeres, y los niños y las niñas, están siendo deportados, ultrajados, y encarcelados, por la cualidad heroica de ser disidentes. Y el espíritu plebeyo se impone tanto en las cortes como en las calles, en ‘la democracia de los Estados Unidos’ aun más que en la del Reino Unido, como algunos de vuestros oradores del 4 de Julio suelen declamar.”

¿Y cómo se explica usted esto?—preguntó.

“Ilusión... —dijo—. El pueblo aquí, lo mismo que en Francia, no abriga ilusiones

(1) Esta intervención se celebró en Febrero.

en cuanto a los que gobiernan. Nosotros nos damos cuenta claramente de que no es el pueblo el que gobierna, sino los capataces. Nosotros sabemos que hay una clase gobernante. Nosotros sabemos que el inglés de la clase gobernante odia a la plebe y que siente una inclinación muy grande a dispararle. Y cuando un hombre de la clase trabajadora surge, gracias a la fuerza de su energía, y se convierte en algo que signifique una molestia para la clase gobernante, ésta se apresura a comprarle. Con esto no quiero decir que nuestros diputados obreros en el Parlamento sean objeto de ofertas de fajos de billetes. No; es más probable siempre que lo adulen, lo entretengan, los festejen y enzaleen, lo inviten a ver el gran mundo... hasta que el sutil soborno de la molice y la vanidad hacen su efecto.

“Nuestro hombre si no anda con cuidado pierde todo contacto con la clase que presume representar. Empieza a sentir que la lucha contra el capitalismo tiene algo de «mal gusto». Y de este modo llega a resultar perdido para el pueblo. Yo no digo que esto sea corriente. Pero esto ha venido ocurriendo lo bastante para que el pueblo trabajador se dé cuenta de que entre él y la clase gobernante no hay nada en común.

“El resultado de todo ello es que en este lado del Atlántico atacar al Gobierno es casi un pasatiempo popular. Pero en América hay un inmenso número de gentes que están ciegas todavía por la ilusión de que es el pueblo el que gobierna. La consecuencia es que atacar al Gobierno allí equivale a encolerizar la plebe.

“Por supuesto que nosotros hemos tenido más tiempo para aprendernos nuestra lección. Pero la estamos aprendiendo. Recuerdo que cuando viajé hace algunos años por Francia me solía divertir con los cartelones electorales. ‘Asesino,’ ‘ladrón,’ ‘bandido,’ era lo que muchos de ellos llamaban a la oposición. Pero después me fijé en una clase diferente de cartelones; mansa, sensata y lógicamente, estos otros cartelones advertían a los votantes que se mantuvieran fuera de las urnas, porque el capitalismo está tan fuertemente atrincherado, que aun cuando un obrero se abriese camino hasta la Legislatura, los capitalistas lo sobornarían para que traicionase a su clase.

“¡Pero estas cosas no se pueden decir en los Estados Unidos actualmente!

Yo entonces le hablé a Shaw de las ofertas que se le hacían para que hablase sobre otras materias que procurarían mucho dinero si se resolvía a venir a América.

“—Oh, sí,—me dijo sonriéndose. A gentes que me han venido con estas ofertas les he respondido lo mismo que a un club de damas del norte de Inglaterra que me invitó a hablar para ellas. Me ofrecían los honorarios de cestumbre.—‘Pero,’ escribían, ‘nosotros queremos que usted no hable de política ni de religión, y que no lastime los sentimientos del público.’ Yo les escribí que la política y la religión eran precisamente lo que a mí más me interesaba; que yo siempre hablaba de estas materias; que yo siempre lastimaba los sentimientos del público; y que si ellas tenían miedo de las consecuencias en la taquilla, yo haría mis propios gastos y haría mi propia colecta de entre aquellas personas del público cuyos sentimientos no estuviesen lastimados. Ellas me volvieron a escribir que en estas condiciones podía ir y sería bien recibido. Pero me estoy volviendo demasiado perezoso para aceptar ni siquiera estas condiciones ahora.

“Cuanto a dinero, he encontrado que son otros los que hacen dinero con mis discursos. Yo hablo mucho y, según creo, enseño algo. Pero, a veces me dejo llevar del laudable desco de hacer llegar un mensaje mío, por ejemplo, a nuestro pueblo trabajador. Permito que se me ponga en programa para una conferencia. Y cuando llego, encuentro que el salón está lleno de señoras ricas que ostentan tremendos sombreros de los de cuadros de museos y que ellas han contratado la compra de las localidades todas a precios exorbitantes, con exclusión absoluta de todo otro elemento.

Traté entonces de insinuar otras tentaciones para que Shaw viniese a América, pero siempre con el mismo resultado:

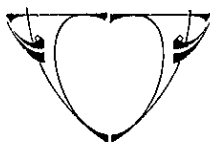
“—Sí, me dijo, yo sé que podríamos arreglarnos de modo que sólo los obreros me oyeran. Pero ellos perderían toda oportunidad después de mi primera conferencia. Después tendría yo que escribirles en el papel timbrado de la cárcel. Pero siempre podrán ellos leer lo que yo tengo que decir.

“¿Los rasca-cielos? Les he visto ya diez mil veces... dibujados, pintados, fotografiados y cinematografiados, desde todos los puntos de vista, incluso a vista de pájaro. Si yo los viera mañana ya no tendrían ninguna sorpresa que ofrecerme.

“¿Las bellezas naturales? Yo he visto vuestras maravillas en el cinema y, además, soy terriblemente distraído, hasta el punto de que un árbol me parece lo mismo que cualquiera otro árbol.

“¿Gentes interesantes? La mayor parte de ellas suelen venir aquí tarde o temprano, y me vienen a ver. Cuanto a los que no pueden venir porque están en la cárcel...

Siento decir, por lo tanto, que hay muy pocas probabilidades de que el pueblo americano vea a George Bernard Shaw en los Estados Unidos hasta que los Estados Unidos no sean un lugar “más seguro para la democracia” que lo que le parecen a él actualmente.





Aquilataciones

Guaperías

NEMESIO CANALES

BATTLE Ordóñez se ha cubierto de gloria en estos días dándonos una prueba más de que es hombre de muchos pantalones. El cable nos cuenta, con lujo de sibaríticos pormenores (estas epopeyas gustan todavía de un modo atroz), cómo Ordóñez le partió el corazón de un balazo a su colega el diputado Beltrán, y cómo éste es, desde enero para acá, el segundo enemigo que despacha en el terreno de los caballeros. Es mucho hombre este truculento y tremebundo Battle Ordóñez! Le dan a uno ganas, ante hombres así, de darse unos porrazos en el pecho y salir cantando como gallo.

Quién iba a creer que allá en Montevideo, ciudad de cuya refinada cultura moderna se nos ha dicho tanto, perdura aún, fresquecito, el guapetonismo caballeresco medioeval? Bendito sea Dios! Pensar que después de tanto herrerrareisismo y rodoismo estamos todavía tan poco desbastados que no sepamos discutir ningún asunto sin caer en la grosería plebeya de los desahogos y denuestos personales y de estos desahogos y denuestos, en las bofetadas, patadas, palos, pedradas, cuchilladas o balazos!...

Al campo don Nuño voy—donde probaros espero... He ahí compendiada toda nuestra psicología de relación en materia de controversias. En este particular estamos tan adelantaditos como en los felices tiempos del Cid campeador y Diego García de Paredes.

Pero no vayan a creer ustedes que milito entre los adversarios del duelo a la manera norteamericana. Para ellos, para los norteamericanos, el duelo es costumbre ridícula y propia solo de latinos cabecicalientes. Lo

cual no significa que entre ellos estén eliminadas las riñas cuerpo a cuerpo en que culminan, allá como aquí, los desahogos y denuestos. Lo único que ellos han hecho es suprimir el ceremonial caballeresco, pero están tan dispuestos a entrarse a trompadas o balazos con un adversario deslenguado como nuestros hermanos latinos que cultivan aun el deporte de ventilar sus diferencias en el campo de idiotéz de don Nuño. Es cuestión de forma, pero tan bárbaro es el que trompea o acuchilla a su enemigo sin ceremonial, como el que lo hace a la clásica usanza caballeresca. Y puesto a escoger, por lo que a mí toca, entre dejarme romper quijada o costilla por un bruto, y dejarme perforar el cuerpo con florete o bala en el campo del honor, prefiero lo último, forma de barbarie más atenuada, al fin y al cabo, que la plebeya riña sin ceremonial al crudo estilo americano.

La enfermedad no está en la sábana. El mal no está en la forma, sino mucho más adentro: en la manía grotesca de asociar el honor con el daño personal inferido al adversario. Tantas bofetadas, o puñaladas, o balas, dadas o recibidas, otros tantos quintales o toneladas de honor que quedan reivindicados. Me llamó usted necio, o pelagatos, o estafermo, o canalla, o bandido, o cualquiera de las bajas expresiones coléricas que aun quedan en nuestro poco evolucionado léxico, pues ya tengo el deber de honor de romper o dejarme romper la nariz, la quijada, una o varias costillas y, si a mano viene, el corazón. Mientras más averías físicas resulten del encuentro, más limpio y resplandeciente

queda el honor y más resoplante de orgullo el vencedor. Ni más ni menos que si en lugar de hombres se tratara de mulos o jabalíes! En este punto, cualquiera ve que el carrero y el mozo de cuerda coinciden en su psicología, con el más cultivado intelecto. Mucho orgullo, muchos humos de superioridad sobre los que carecen de nuestro mismo grado de educación... y sin embargo, en las normas fundamentales de nuestra vida, en la manera de entender cosa tan alta y delicada como el honor, tan toscos, tan primitivos, tan desafortunadamente mulos los unos como los otros.

Se me objetará que hay ofensas serias y que el no tomarlas en cuenta nos presentaría como unos cobardes. Pero yo replico que el llamarme canalla, o bandido, o perro, no es tal ofensa más que en la cabeza de un tonto. Un epíteto, mientras más grosero y más sucio sea, menos me puede herir. Al que hiera en realidad, al que pone en evidencia como un ser inferior e infeliz, menos digno del odio que de la conmiseración, es al procaz adversario que me lo echa al rostro por no tener cosa mejor en su intelecto con qué defenderse. Un epíteto, como no prueba nada, como no contiene ningún pensamiento, es menos que un estornudo, sólo puede soliviantar a los que, por haber venido al mundo con la psicología de los gallos, temen perder algo si no responden materialmente, con golpes o balas, a la provocación de un imbécil.

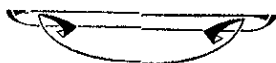
Pero, y si a usted, señor,—se me ha dicho varias veces—le nombran la familia o le imputan alguna acción bochornosa, ¿se va a quedar tranquilo? Y yo respondo: Sí; me quedaré tan tranquilo y tan impasible como un ladrillo. Si es verdad, mi mayor orgullo, si soy hombre que valga dos cuartos, debe ser el no rehuir las verdades, ni las agradables ni las desagradables, ni las mías ni las ajenas, por nada del mundo. Y si es mentira... vive Dios que si yo no supiera despreciar la mentira, si yo descendiese jamás hasta el extremo de ruindad de temblarle a un em-

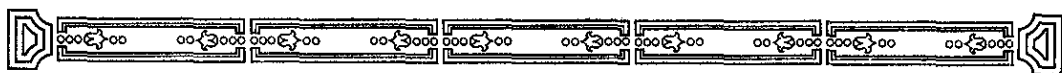
buste, me ahorcaría en el acto de asco de mí mismo!

Pero es más. Es que si verdaderamente fuésemos tan educaditos y refinaditos como alardeamos de ser desde que aprendemos cuatro paparruehas en un colegio y tuviéramos sobre el palurdo algo más que la calidad de la ropa y el pulimento de las maneras superficiales (maneras que se le pueden enseñar a un mono en menos de un trimestre), en lugar de complacernos en el daño corporal producido al adversario, sentiríamos horror ante la sola idea de ese daño. Yo, Juan, salgo al campo con Pedro y le pego o me pega. Pues bien; si yo, Juan, soy algo superior al pobre palurdo de la calle en mi sensibilidad y en mi entendimiento, es evidente que saldré siempre perdiendo. Si me pegan, por el dolor y las consecuencias de los golpes. Y si yo pego, porque me avergonzará y me dolerá como un feroz reproche el espectáculo de los golpes o heridas que le dí a mi adversario.

¿Quién que así piense no encuentra en sí mismo reservas de valor (el verdadero, el espiritual, el único) suficientes para no convertir jamás—aunque pase ante el vulgo por cobarde—un conflicto de ideas, una controversia cualquiera, en un motivo de boxeo o de duelo?

Ese mismo pendenciero Battle Ordóñez, que en lo que va del año ha despachado en el campo de don Nuño a dos de sus adversarios, ante este alto y genuino concepto del valor—del gran valor—, floración del espíritu, que llevó a Tolstoy a reñir con su casta, y a San Francisco de Asís a hermanarse con el lobo y la pantera, y a Cristo a llevar su mensaje de renovación social lo mismo a la casa del bueno que a la casa del malo—se queda chiquitito. Porque ¿cuánto apuestan ustedes a que éste señor, este Pepe el Tranquilo de Montevideo que mató a Beltrán de un pistoletazo, no es en el fondo más que un cobarde infeliz que se muere de miedo al solo anuncio de que se va a decir o a creer de él tal o cual cosa?





Los grandes asuntos del día

(NOTAS DEL DIRECTOR)

El mes

QUE ha pasado este mes en el mundo? Muchas cosas han pasado, pero todas pueden resumirse diciendo que la vida—el mero subsistir—sigue más cara cada vez. Siempre fué difícil la vida para los más dentro del loco régimen capitalista vigente, pero ahora el conseguir la mísera pilitra cotidiana resulta un verdadero milagro.

¿Y qué puede, pues, acentecer por el mundo de más grave que este horrible dogal de miseria que nos va apretando un poco más cada día?

¡Pero es que hay países—se me dirá—donde sobran las subsistencias! Claro que sí. Pero allí donde más abundan las subsistencias, esto es, la vida, más cara es la vida.

¿Por qué? Porque estas subsistencias,—en lugar de destinarse a la comunidad—se venden, se exportan, se truecan bonitamente en dinero. ¿Para quién? Para unos cuantos respetables señores cuyos millones aumentan que es un contento en medio de la penuria general.

¿Qué importa que el hambre y las privaciones maten, enfermen y degeneren a tantos millones de seres—hombres, mujeres, niños... ¡niños!—si esa misma hambre general es precisamente lo que más contribuye a inflar la bolsa y la barriga de los señores esos?

Ahí está la Argentina, cuya inmensidad de carnes y trigos y demás productos autorizarían a jurar que allí la vida es tan barata que lo difícil será no morir de un hartazgo.

¿Hartazgo habéis dicho? Pues no señor; allí el mero subsistir es cosa tan de milagro como en todo el resto del planeta. Porque todo el mundo se aprovecha de las carnes y los trigos argentinos antes que los mismos argentinos. ¿Acaso las carnes y los trigos son para matarle el hambre a la masa de los argentinos? No señor; ¡pues no faltaba más! Son para inflar cada día más la bolsa y la

barriga sacrosanta del centenar de millonarios argentinos que «rastacuerean» por el mundo. Lo importante no es que el pueblo tenga que comer, sino que los pobrecitos millonarios tengan gruesos diamantes con que convertirse las manos en un escaparate de joyero. (1)

¡Y cuidadito con chistar! Porque los gobiernos—todos los gobiernos, excepto el «infame» Gobierno de Rusia—le tolera a usted que no coma o que vea morir de hambre o inanición a su mujer y a sus hijitos, pero ¡eso sí, Dios le libre a usted de chistar, o de exhalar la menor queja, o de irse a la huelga para tratar de arrancarle un centavo más a su hidrópico y reverendo patrón.

Porque los gobiernos, nuestros gobiernos, no sabrán remediar nada de lo que está sucediendo, no sabrán rebajar el costo del pan y de la carne, ¡qué han de saber!, pero sí saben sacar la policía, y detrás de la policía la tropa... ¡y palos, balas, cañonazos y bombas contra todo aquel que cometa el crimen de alterar la tranquilidad! Esta adorable tranquilidad pública, en el seno de la cual disfrutamos del deleite de sentir en nuestro cuello—y en el cuello de nuestros hijitos—la sensación helada del dogal del hambre que aprieta y aprieta....

El Diluvio

Y pensar que hay todavía por ahí miles de majaderos, de los que escriben en la prensa, que se muestran aterrados ante la sola idea de que el actual sistema social sea derrocado al fin.

¿Pero qué puede suceder, imbéciles, que sea peor de lo que está sucediendo? Aunque lo que viniera después fuera el mismísimo diluvio, ¿acaso no es mejor la muerte fulmi-

(1) Precisamente un cable de hoy (28 de Abril) a un periódico local habla de que el pan cuesta ahora en Buenos Aires, a razón de 20 centavos oro el kilo.

nante por el agua o el fuego que esta atroz y repugnante agonía lenta que estamos sufriendo?

La única esperanza de la civilización

Todos los grandes países, los que manejan la batuta internacional, se han militarizado del todo, se han vestido la férrea armadura guerrera que le quitaron a Alemania.

¿Se duda de esto? Pues con sólo señalar hacia los puntos del mapa de que estos grandes países tienen que cuidar ahora (unos de antes y otros de después de la guerra), sale uno del paso. Porque quién no sabe que a mayor suma de colonias, de países subyugados por la fuerza, mayor suma de bayonetas, cañones y soldados?

Ahora bien, como decir militarización es lo mismo que decir barbarie (y al que dude de esto lo remitimos a las mismas bellísimas prédicas de las naciones aliadas cuando la guerra con Alemania), resulta que, al revés de lo que afirman los estadistas y periodistas de pezuña hendida, el único gran pueblo que lucha hoy por la civilización es Rusia.

¿Por qué? Porque, aun haciendo caso omiso de otros aspectos del nuevo orden social ruso, con sólo saber que Rusia es hoy la única gran potencia que anatematiza el colonialismo y el militarismo, no hay más remedio que reconocer en ella la única esperanza de la civilización mundial.

Los compadres se arreglan

Los profetas de San Remo que parecía iban a pelearse a causa de sus discrepancias sobre el Tratado con Alemania, no han peleado nada... Al contrario, banquete va y banquete viene, han llegado al más feliz de los acuerdos. Se exigirá, pues, el pago a Alemania, sin perdonarle un solo centavo, de las sumas fabulosas que se consignaron en el tal Tratado.

Cabe ahora preguntar: ¿Pero de dónde rayos va a sacar Alemania—que no tiene hoy ni industrias, ni marina mercante—esas sumas fabulosas?

Contra el dictamen casi unánime de todos los grandes expertos en Economía, el Consejo Supremo sigue sembrando vientos. Las tempestades no se harán esperar.

¿Pero qué formidable aliado se ha encontrado, gratis, el gran Lenin! Ese bendito Consejo Supremo está haciendo más, con su práctica de llevarlo todo a la tremenda, por labrar la ruina definitiva del viejo orden so-

cial, que todos los propagandistas y ejércitos Rojos del mundo. ¡Bien por el Consejo Supremo!

El caso de Armenia

Y saltando ahora a los últimos acuerdos de la conferencia de San Remo, permítansenos detenernos sombrero en mano ante la silueta de la nueva nación republicana que acababan de alumbrar los grandes hombres de las conferencias. Es conmovedor ver cómo estos grandes patriarcas del nuevo orden internacional muestran su reverencia al principio sacrosanto de la auto-determinación de los pueblos, ciñendo con la resplandeciente diadema de las naciones soberanas la pálida frente angustiada de la pobre Armenia!

Y decían que este principio de la propia determinación lo habían tirado definitivamente al canasto los patriarcas de Versalles y San Remo! Y hablaban los maliciosos de Egipto, de Irlanda, del Austria alemana, de las provincias Renanas, de la India, del Africa del Sur, etc., etc., etc. Pero, ¡no y no! Quizás sea cierto que los paternos y providentes «Premiers» anduvieron algo distanciados con el sacrosanto principio citado, cuando se trataba de otros pueblos no santificados como el de Armenia por la sangre y las lágrimas derramadas en aras de la fe cristiana... Pero ¡oh! bastó que sonara la voz de Armenia pregonando los horrores dantescos de su cautiverio, para que los grandes y piadosos hombres de San Remo doblasen conmovidos la frente y se apresuraran a reconocerle íntegra su personalidad internacional!

Sólo que... Trotecito y risita ahora del diablo, que nos dice muy quedamente al oído, con una sorna insoportable:

—Pero, mentecato, si lo que ha pasado con Armenia es la más sangrienta, y también la más chusea, de las tretas internacionales de estos últimos tiempos! ¡Qué principio de auto-determinación ni qué ocho cuartos! ¿No sabes, infeliz, que Armenia no quería ni quiere esa soberanía que le regalan? Si ella lo que pedía, lo que imploraba a gritos, era simplemente protección, un mandato de una nación fuerte que interpusiera su férreo brazo entre ella y los turcos. Y lo curioso, lo desamparante del caso, es que esas mismas grandes potencias que se han estado disputando un mandato aquí y otro allá—como los hambrientos en torno de las presas de una res degollada—le hicieron ascos a la pobre Armenia. ¿Por qué? Porque es un hueso que no tiene minas, ni suelo fértil, ni grandes empresas mercantiles, ni carne ninguna que roer. ¿No viste los esfuerzos que hicie-

ron los grandes «Premiers» para echarle el muerto a los Estados Unidos, haciendo que Wilson se hiciera cargo del nada apetecible mandato? Pues ahora, cuando ya nadie quiere bailar con la pareja, porque es la más fea de la casa, le ciñen una vistosa diadema y la dejan sin protección a merced del turco. ¡Ni siquiera el Supremo Consejo ha querido cargar con ella a nombre de la Liga de Naciones! Y esto, en el momento mismo en que Francia «acepta» con mil amores el protectorado, o mandato, sobre Cilicia. Pero ¡buena diferencia hay entre la carne suculenta de Cilicia y los tristes huesos mondos de la afligida Armenia, que no tiene otra cosa que ofrecer al estómago insaciable del capitalismo internacional que alfombritas y cigarrillos. El negocio, como ves, era demasiado flojo, y los grandes Premiers cristianos antes de hacer un negocio flojo, se atreven a todo, hasta a exhumar del canasto de los desperdicios el averiado principio sacrosanto de la propia determinación.

Hasta aquí el diablo, ante cuya risita insostenible mi pluma indignada se para en seco sin poder articular ni una palabra más.

Interesante controversia acerca del artículo sobre el Almirante Horthy, que aparece en nuestra sección "Figuras del Proscenio"—Réplica de Eugene Pivany a Eugene S. Bagger, autor de dicho artículo

(Reproducido de "The New Republic")

Señor director de «The New Republic»:

Deseo consignar una enérgica protesta en sus columnas contra la venenosa diatriba de Mr. Eugene S. Bagger, publicada en «The New Republic» de marzo 17, bajo el título «El Almirante Horthy, Dictador.» Sus manifestaciones son maliciosas y en muchos casos completamente falsas, siendo el maligno objeto de todo el artículo el provocar rencores religiosos contra una nación torturada por la guerra y la revolución que ahora trata desesperadamente de volver a la vida.

Para comenzar: no existe semejanza ninguna entre Koltchack y Horthy más allá del hecho nada importante de que ambos han sido Almirantes. Horthy puede haber sido—como Mr. Bagger declara—un dictador de facto antes de que la Asamblea Nacional lo eligiese para Regente de Hungría. En un estado de revolución, cuando no funciona ningún cuerpo de representantes debidamente electos, esto seguramente que no constituye un crimen. En la actualidad su poder como Jefe ejecutivo está circunscrito por la Legislatura, sobre las elecciones de la cual, según se verá más tarde, él no ejerció ningún control.

Buscar informes sobre las cosas de Hungría en el «Vienna Arbeiter-Zeitung» es un «sport» tan inútil como tratar de penetrar en las interioridades de la política alemana desde las columnas de un periódico de París. Fué el «Arbeiter-Zeitung» el que puso en circulación aquellas malignas patrañas acerca de los seis mil hebreos y socialistas que fueron arrojados al Danubio y acerca de las carnicerías del Ejército Blanco de Horthy en la Hungría occidental, hechos en que basa Mr. Bagger sus furiosos ataques contra Horthy, contra el Gobierno húngaro y hasta contra el Conde Apponyi. Sin embargo, estas patrañas han sido enfáticamente desmentidas por una autoridad competente e insospechable: por la misión americana en Budapest, que al momento inició una investigación de los hechos encabezada por un oficial americano perteneciente a la fe judía. En su report, que fué sometido al Departamento de Estado, este Oficial americano declaró que los informes del periódico acerca de la persecución de los judíos en el Oeste de Hungría, habían sido groseramente exagerados. Algunos casos de crueles tratamientos han ocurrido; pero no sólo no fueron debidos a la intervención o instigación de las autoridades, sino que las autoridades hicieron cuanto pudieron para pedir cuentas a los culpables e impedir que tales fechorías volviesen a ocurrir.

Mr. Bagger cita como un ejemplo típico el hecho de que el doctor William Vázsonyi, fundador del partido Demócrata y uno de los más brillantes abogados políticos judíos de Hungría, declaró en su refugio de Viena (adonde había llegado huyendo, no de Horthy, sino de la dictadura de Bela Kun, dato que Mr. Bagger ha debido poner en claro) que “bajo las circunstancias reinantes, él no consideraba prudente el retornar aun siendo electo y anunciaba su resolución de retirarse de la política húngara e instalarse en Suiza.”

Perfectamente cierto. Pero es también cierto—aunque Mr. Bagger, por razones particulares, lo oculte a sus lectores—que el Almirante Horthy, al enterarse de las intenciones del doctor Vázsonyi, le envió un telegrama personal rogándole que regresara a Budapest y anunciándole su determinación de hacer cuanto pudiese para evitar cualquier atropello. El doctor Vázsonyi regresó efectivamente a Budapest y tomó parte activa en la campaña. De que ningún daño le ocurrió a él ni a sus numerosos partidarios, queda demostrado por el hecho de que recibió 9,991 votos, contra 4,626 depositados a favor de su candidato adversario, del partido Cristianonacionalista. Además, el pequeño partido demócrata de Vázsonyi salió de estas elec-

ciones con un número de asientos doble del que tenía en el antiguo parlamento. Esto demuestra cuán antisemita y reaccionario es el Almirante Horthy.

Cuanto a las elecciones para la Asamblea Nacional, Mr. Bagger también está completamente equivocado. Las elecciones se celebraron sobre la base de un sufragio casi ilimitado para hombres y mujeres y, por la primera vez en la historia de las elecciones parlamentarias de Hungría, el voto fué obligatorio. Aquellos que no podían mostrar alguna razón de peso para abstenerse de votar, eran multados. Sólo en Budapest se depositaron trescientos mil votos, lo cual representa como una tercera parte de la población de dicha ciudad antes de la guerra. Varios miembros del Gabinete y varios candidatos del partido «Independiente» (el antiguo partido de Karolyi) que estaba representado en el Gabinete, salieron derrotados, al igual que muchos expertos en Economía y Finanzas, tales como el antiguo Premier Wekerle, Mr. Hegedus y Mr. Ebert, con lo cual queda demostrado que el Gobierno no influyó en las elecciones. Ese pintoresco matasiete, Mr. Friedrich, que parece haber sido el favorito de las mujeres recientemente autorizadas a votar, fué electo en tres distritos, pero desde entonces ha sido lanzado del Gabinete y de la vida pública y así no es de esperarse que perturbe por más tiempo las susceptibilidades de Mr. Bagger.

Es muy de lamentar que los socialistas, desalentados por las ilegalidades de algunos funcionarios secundarios y por la hostil actitud del público en general, retirasen todos sus candidatos. A lo sumo, ellos sólo hubieran podido sacar cuatro o cinco de sus candidatos en las afueras y suburbios de la capital, lo que no es mucho. Pero hubiera sido mejor, para todos los interesados que hubieran podido expresar sus opiniones dentro del parlamento en lugar de hacerlo fuera.

Bajo las circunstancias actuales, es fácil y provechoso el escribir artículos y—según amenaza Mr. Bagger—hasta libros, ultrajando a la postrada Hungría, mientras que el que escribe la verdad no puede encontrar cabida en los periódicos y se tiene que dar por muy afortunado si se le permite alguna vez que escriba en la sección de “Cartas al Director.” Pero Mr. Bagger, no importa la clase de agravios personales que pueda tener, debiera ser el último en aprovecharse de esta oportunidad para hablar mal de Hungría, ya que él es natural de aquel país y ya que es un mal pájaro el que ensucia su propio nido.

EUGENE PIVANY

Philadelphia, Pennsylvania.

Contrarréplica de Bager a Pivany

Señor:

La afirmación central de mi artículo era que las garantías dadas a George Cleck, por el Gobierno Horthy-Huszar-Friedrich, fueron descaradamente quebrantadas tan pronto como los representantes aliados volvieron la espalda; lo. al forzar a los dos «Demócrata-sociales» a salir del Gabinete de coalición; 2o., al asegurar unas elecciones “libres, imparciales y democráticas” apelando al recurso de encerrar por lo menos cuarenta mil disidentes en los campos de internación, y entre estos, naturalmente, a aquellos líderes que por el momento no estaban ni en la prisión ni en el destierro. El silencio con que un tan prominente abogado de los simpatizadores de los Blancos americano-húngaros como es Mr. Pivany pasa sobre todo el asunto de los internamientos, es la más elocuente corroboración de mi aserto, y Mr. Pivany puede estar seguro de lo mucho que le agradezco esta su ayuda inesperada.

El punto en que Mr. Pivany se acerca más a la cuestión del terrorismo del Gobierno durante las elecciones, es cuando declara que los socialistas estaban «desalentados» por las “ilegalidades» de funcionarios secundarios.” Esto, a mi juicio, no es más que la forma eufemística de los Blancos para decir que los azotes eran administrados, no por los generales y coroneles, sino simplemente por sargentos del ejército del terror Blanco.

A la luz de su tácita admisión de mi cargo más importante, todos los demás asertos, a excepción de dos, que presenta Mr. Pivany, son, o completamente impertinentes, o sencillamente risibles. Su arenga contra el «Vienna Arbeiter-Zeitung», uno de los pocos periódicos europeos que han pasado por las pruebas de estos últimos cinco años con la más envidiable reputación de veracidad, no es sino un esfuerzo para eludir la cuestión.

Uno de los dos cargos de Mr. Pivany que a mi entender demandan seria consideración, se refiere al caso del doctor Vazsonyi. Yo no sé que el doctor Vazsonyi haya regresado a Budapest con un salvoconducto extendido por el Almirante Horthy; ello puede ser verdad, aunque tengo razones para no creerlo. De todos modos, el hecho de que un político de sus opiniones conservadoras no se atravesase a regresar sin tal salvoconducto, caracteriza la situación mucho mejor que las improvisaciones diplomáticas de Horthy. Pero Mr. Pivany falta a la verdad deliberadamente cuando atribuye la ausencia de Vazsonyi de la ciudad de Budapest, al terror Rojo. Ciertamente es que Vazsonyi en un principio huyó de la capital durante el régimen comunista, pero

regresó inmediatamente después de su caída. Tuvo que volver a huir, sin embargo, cuando su hogar se vió repetidas veces asaltado en medio de la noche por los oficiales Blancos y si él no fué cogido, se debe solamente al hecho de que pasó unas cuantas noches oculto en otro barrio de la ciudad. Salió de Budapest en Noviembre, después de solicitar y obtener que le acompañara una escolta de dos oficiales franceses. Inmediatamente se expidió una orden para su arresto. El tren en que viajaba fué detenido y registrado por los soldados Blancos en Bruck, frontera de Austria. Y sólo pudo salvarse mediante la enérgica intervención de su escolta francesa.

fok fué revelada por Stephen Hayden, un Sargento del antiguo ejército húngaro. El estaba empleado como guardia del campamento, y cuando "se enteró demasiado" los Blancos lo encerraron y le amenazaron con ejecutarle. Habiendo huído a Budapest, le relató las cosas más atroces al Coronel James I. Loree y al Capitán Bernarth Weiss, de la Misión americana. Su relato se publicó en los periódicos de Budapest, «Nepezava» y «Pesti Elect». Luego huyó a Praga. Esta declaración fué corroborada por varios otros testigos presenciales, entre los cuales remito a Mr. Pivany a aquel oficial Blanco cuyas experiencias en Siofok fueron anónimamente publi-